

ALI BENJAMIN

Lo Que
Sucedio
con la
Medusa

Traducción:

SONIA FERNÁNDEZ ORDÁS

MAEVA  young



corazón fantasma

Si observas a una medusa el tiempo suficiente, verás que comienza a parecerse al latido de un corazón. No importa el tipo: la *Atolla* color rojo sangre con sus luces intermitentes, la medusa sombrero de flores o la casi transparente medusa luna, la *Aurelia aurita*. Es por su pulso, por la manera que tienen de contraerse con rapidez para después relajarse. Como un corazón fantasma, un corazón transparente a través del cual puedes atisbar un mundo distinto en el que se oculta todo lo que has perdido en esta vida.

Por supuesto, las medusas ni siquiera tienen corazón; ni corazón, ni cerebro, ni huesos ni sangre. Pero obsérvalas un rato. Verás cómo laten.

La señora Turton dice que si vives hasta los ochenta años, el corazón te late tres mil millones de veces. He

estado pensando en ello e intentando imaginarme un número tan alto. Tres mil millones. Si contamos hacia atrás tres mil millones de horas, los humanos modernos no existen, solo encontramos cavernícolas de mirada feroz, gruñones y cubiertos de pelo. Tres mil millones de años y apenas existe la vida. Y sin embargo, ahí está tu corazón, cumpliendo su función sin descanso, un latido tras otro, tres mil millones de veces.

Pero solo si vives todos esos años.

Late mientras duermes, mientras estás viendo la televisión, mientras estás en la playa con los dedos de los pies enterrados en la arena. Quizá, cuando estés allí, te quedes mirando las chispitas de luz blanca sobre el mar oscuro y te preguntes si merece la pena volverte a mojar el pelo. Quizá te des cuenta de que los tirantes del bañador te molestan un poco porque te has quemado los hombros, o que te deslumbra el sol.

Parpadeas un poco. Estás tan viva como cualquiera.

Mientras tanto, las olas siguen acariciándote los dedos de los pies, una y otra vez (casi como el latido de un corazón, lo notes o no), y los tirantes se te siguen clavando en la piel, y quizá lo que notas, más que el sol o la goma de los tirantes, es lo fría que está el agua, o la manera que tienen las olas de formar cavidades en la arena mojada bajo las plantas de tus pies. Tu madre está en algún lugar cerca de ti; está haciendo una foto, y sabes que deberías volverte hacia ella y sonreír.

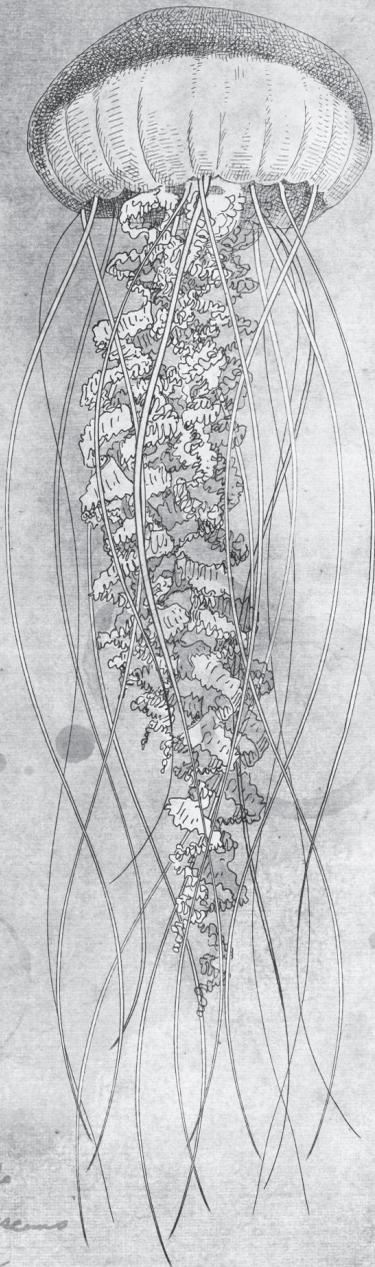
Pero no lo haces. No te vuelves, no sonríes, sigues mirando al mar, y ninguna de las dos sabe la importancia que encierra ese momento ni lo que está a punto de ocurrir (¿cómo lo ibais a saber?).

Y durante todo ese tiempo, tu corazón sigue funcionando. Hace lo que tiene que hacer, un latido tras otro, hasta que recibe el mensaje de que tiene que detenerse, lo cual puede suceder dentro de unos minutos, y ni siquiera tú lo sabes.

Porque algunos corazones solo laten unos 412 millones de veces.

Lo cual puede que parezca mucho. Pero lo cierto es que apenas te concede doce años de vida.

parte uno



Field notes:
Pompi Sea Hittlo
Chrysaora furcescens
Genus: *Pelagia*

Objetivo

No importa si estás redactando un trabajo de prácticas de laboratorio de la ESO o un informe científico serio. Empieza siempre con una introducción que exponga el objetivo de toda la información que estás a punto de presentar. ¿Qué esperamos aprender de este estudio? ¿Cómo se relaciona con los intereses humanos?

–SEÑORA TURTON, PROFESORA DE CIENCIAS DE 1.º DE ESO
IES EUGENE FIELD MEMORIAL
SOUTH GROVE, MASSACHUSETTS



tocar

Durante las tres primeras semanas de primero de ESO, había aprendido una cosa sobre todas las demás: una persona puede volverse invisible simplemente permaneciendo en silencio.

Siempre había creído que ser visible tenía que ver con lo que la gente percibe con los ojos. Pero cuando el instituto de enseñanza secundaria Eugene Field Memorial realizó su visita acostumbrada de otoño al acuario, yo, Suzy Swanson, había desaparecido por completo. Resulta que ser visible depende más de los oídos que de los ojos.

Estábamos en la gran sala del tanque donde se podía tocar a los animales marinos, escuchando a un guía con barba que hablaba por un micrófono.

–Extended la mano abierta –dijo.

Nos explicó que, si metíamos la mano en el tanque y la dejábamos completamente inmóvil, los pequeños tiburones y las rayas se acercarían a comer de ella como si fueran cariñosos gatos domésticos.

–Se acercarán a vosotros, pero tenéis que mantener la mano abierta e inmóvil.

Me habría gustado notar el tacto de un tiburón sobre mis dedos. Pero había demasiada gente alrededor del tanque y demasiado ruido. Me quedé al fondo de la sala. Observando, sin más.

En clase de plástica habíamos teñido camisetas para la ocasión. Nos habíamos embadurnado las manos de azul y naranja fluorescente, y ahora llevábamos las camisetas como si fueran un uniforme psicodélico. Supongo que la idea era poder distinguirnos con facilidad si algún alumno se perdía. Algunas de las chicas más monas de clase –chicas como Aubrey LaValley, Molly Sampson o Jenna Van Hoose– se las habían atado con un nudo sobre la cadera. La mía colgaba por encima de los vaqueros como un viejo blusón de pintor.

Hacía exactamente un mes que había ocurrido Lo Peor, y había transcurrido casi el mismo tiempo desde mi decisión de *no hablar*. Lo cual no significa negarse a hablar, como todo el mundo cree. Consiste simplemente en no llenar espacios con palabras innecesarias. Es lo contrario a *hablar sin parar*, que es lo que yo hacía antes, y es mejor que *hablar de cosas superficiales*, que es lo que la gente desearía que hiciera.

Si hablara de cosas superficiales, quizá mis padres no insistirían en que viera al *médico con el que se puede hablar*, que era lo que iba a hacer aquella tarde, después de nuestra salida cultural. Lo cierto era que su razonamiento no tenía ningún sentido. A ver, si una persona no habla –si es que solo se trata de eso–, quizá el *médico con el que se puede hablar* sea la última persona a la que quiere ver.

Además, yo ya sabía lo que significaba *médico con el que se puede hablar*. Significaba que mis padres creían que yo tenía algún problema mental, pero no el tipo de problema que dificulta la facultad de leer o de estudiar matemáticas. Significaba que creían que tenía algún problema de esos a los que Franny se refería como *tarrarí*, de *tarado*, que a su vez viene de la palabra *tara* y quiere decir «lleno de grietas y defectos».

Quería decir que yo estaba llena de defectos y taras.

–Mantened la mano abierta –indicó el guía del acuario a nadie en particular, lo cual no importaba, porque lo cierto era que nadie le hacía caso–. Estos animales son capaces de notar incluso los latidos de los corazones de las personas que hay en la sala. No hace falta que mováis los dedos.

Justin Maloney, un chico que aún silabea al leer, insistía en agarrar a las rayas por la cola. Los pantalones le quedaban tan flojos que cada vez que se inclinaba sobre el agua, se le veían varios centímetros de calzoncillo. Me fijé en que llevaba la camiseta al revés,

con la parte interior hacia fuera. Pasó otra raya, y Justin se inclinó con tanta ansia que salpicó y puso perdida a Sarah Johnston, la nueva, que estaba a su lado. Sarah se secó el agua salada de la frente y se alejó unos pasos.

Sarah es muy callada, lo cual me gusta, y me sonrió el primer día de clase. Pero entonces se acercó Molly y se puso a hablar con ella, y luego la vi hablando con Aubrey junto a las taquillas, y ahora Sarah llevaba la camiseta anudada a la cadera, igual que ellas.

Me aparté un mechón de pelo de la cara e intenté sujetarlo detrás de una oreja –*Señorita Encrespamiento, la del pelo imposible*–. Pero me volvió a caer otra vez delante de los ojos.

Dylan Parker se acercó a hurtadillas a Aubrey hasta situarse detrás de ella. De pronto la agarró y le sacudió los hombros.

–¡Un tiburón! –gritó.

Los chicos que tenía cerca se echaron a reír. Aubrey soltó un chillido, y lo mismo hicieron las chicas que tenía al lado; todas soltaron también la típica risita nerviosa de cuando hay chicos cerca.

Y por supuesto, me recordaron a Franny, porque si hubiera estado allí, también se le habría escapado la misma risita.

En aquel momento sentí esa sensación de mareo y sudores que notaba cada vez que pensaba en Franny.

Cerré los ojos con fuerza. Durante unos segundos, la oscuridad me reconfortó. Pero luego visualicé en mi

interior una imagen nada agradable. Me imaginé que el tanque se rompía y las rayas y los pequeños tiburones se desparramaban por el suelo. Y eso me hizo preguntarme cuánto podrían resistir aquellos animales fuera del agua antes de asfixiarse.

Todo les parecería frío, estridente y cegador. Y después dejarían de respirar para siempre.

Abrí los ojos.

A veces tienes tantas ganas de que las cosas cambien que ni siquiera puedes soportar permanecer en la misma sala con las cosas como son en realidad.

En el rincón opuesto, una flecha señalaba una escalera que conducía a otra sala, MEDUSAS, en el piso de abajo. Me acerqué a la escalera y me giré para comprobar si alguien se había dado cuenta. Dylan estaba salpicando a Aubrey, que volvió a chillar. Uno de los profesores acompañantes se acercó a ellos y les echó la bronca.

Ni siquiera con la camiseta fluorescente ni con mi pelo de *Señorita Encrespamiento* parecían haberse fijado en mí.

Bajé la escalera hacia la sala MEDUSAS.

Nadie se dio cuenta. Nadie en absoluto.



a veces las cosas pasan porque sí

Cuando me enteré, ya llevabas muerta dos días enteros.

Era una tarde de finales de agosto, los últimos días del largo y aburrido verano de sexto de primaria. Mi madre me llamó para que entrara en casa, y simplemente con mirarla supe que pasaba algo malo –muy, muy malo–. Entonces me asusté, pensando que quizá le había ocurrido algo a mi padre. Pero ¿podría importarle a mi madre que le pasara algo ahora que estaban divorciados? Luego pensé que quizá le había pasado algo a mi hermano.

–Zu –comenzó a decir mamá. Oí el zumbido de la nevera, el plic plic del agua goteando en la ducha, el tictac del reloj de la chimenea, que siempre va mal a menos que yo me acuerde de darle cuerda.

Por la ventana se filtraban largos rayos de sol, como espíritus que atravesaran las paredes. Se posaban sobre la alfombra y allí se quedaban quietos.

Mamá habló con voz firme y a una velocidad normal, aunque todo pareció ralentizarse, como si el tiempo pesara. O quizá como si el tiempo hubiera dejado de existir.

–Franny Jackson se ha ahogado.

Cinco palabras. Probablemente solo le llevó un par de segundos pronunciarlas, pero dio la impresión de que tardaba media hora.

Mi primer pensamiento fue: qué cosa más rara, ¿por qué dice el apellido de Franny? No recordaba que mi madre hubiera pronunciado jamás tu apellido. Para ella eras simplemente Franny.

Y entonces fui consciente de lo que había dicho después de tu nombre.

Se ha ahogado.

Dijo que te habías ahogado.

–Estaba de vacaciones –continuó mamá. Me fijé en que se sentaba completamente inmóvil, con los hombros muy rígidos–. En la playa.

Y, como si pensara que sus palabras cobrarían más sentido, añadió:

–En Maryland.

Aunque, por supuesto, sus palabras no tenían ningún sentido.

Y no lo tenían por un millón de razones. No tenían sentido porque no hacía tanto tiempo que nos habíamos visto,

y estabas tan viva como cualquiera. Sus palabras no tenían sentido porque desde que nos conocimos siempre fuiste una nadadora estupenda, mucho mejor que yo.

No tenían sentido porque todo terminó entre nosotras como nunca debió terminar. Como nada debería terminar nunca.

Pero allí seguía mi madre, justo delante de mí, diciendo aquellas palabras. Y si sus palabras eran ciertas, si de verdad había ocurrido lo que me estaba contando, significaba que la última imagen que tenía de ti –en el pasillo, el último día de clase, cargada con todas aquellas bolsas de ropa mojada y llorando– sería la imagen final.

Me quedé mirando a mi madre.

–No, no se ha ahogado –dije.

No te habías ahogado. No podías haberte ahogado. De eso estaba segura.

Mamá abrió la boca para decir algo, pero la volvió a cerrar.

–No se ha ahogado –insistí, subiendo el tono.

–Fue el martes –dijo mamá. Habló con voz más suave, como si al alzar yo la voz le hubiera robado la fuerza de su aliento–. Ocurrió el martes. Acabo de enterarme.

Era jueves.

Habían pasado dos días enteros.

Cada vez que pienso en esos dos días –el espacio de tiempo desde tu final hasta que yo me enteré– pienso en las estrellas. ¿Sabías que la luz de la estrella más cercana tarda cuatro años en llegar a la Tierra? Lo que significa

que cuando la vemos –cuando vemos cualquier estrella– en realidad estamos viendo cómo era en el pasado. Todas esas luces titilantes, todas las estrellas del firmamento, podrían haberse apagado hace años; el firmamento entero podría estar vacío en estos momentos y ni siquiera lo sabríamos.

–Sabía nadar –dije–. Nadaba muy bien, ¿te acuerdas?

Cuando vi que mi madre no decía nada, volví a la carga:

–¿Te acuerdas, mamá?

Ella se limitó a cerrar los ojos y apoyar la frente en las manos.

–Es imposible –insistí. ¿Por qué no se daba cuenta mi madre de que era imposible?

Cuando levantó la vista, habló despacio, como si estuviera haciendo verdaderos esfuerzos para asegurarse de que yo oyera cada una de sus palabras.

–Incluso los buenos nadadores se ahogan, Zu.

–Pero no tiene sentido. ¿Cómo pudo...?

–No todo tiene sentido, Zu. A veces las cosas pasan porque sí –dijo, sacudió la cabeza y respiró hondo–. Probablemente ni siquiera parezcan reales. A mí esto tampoco me lo parece.

Luego cerró los ojos durante unos segundos que se hicieron eternos. Cuando volvió a abrirlos, tenía la cara contraída en una horrible mueca. Comenzaron a rodar lágrimas por sus mejillas.

–Lo siento –murmuró–. Lo siento muchísimo.

Tenía un aspecto grotesco, con la cara tan contraída. Me aparté de ella, con aquellas palabras absurdas aún resonando en mis oídos.

Te habías ahogado.

Nadando en Maryland.

Hacía dos días.

No, nada tenía sentido. No lo tenía entonces y no lo tuvo más tarde, cuando la Tierra se volvió hacia las estrellas aquella noche. Ni la mañana siguiente, cuando de nuevo giró sobre sí misma hacia la luz del Sol.

No tenía sentido que el mundo pudiera volverse de nuevo hacia la luz del Sol.

Durante todo ese tiempo, yo había creído que nuestra historia era precisamente eso: nuestra historia. Pero resulta que tú tenías tu propia historia, y yo la mía. Nuestras dos historias habían coincidido durante una temporada, que fue lo bastante larga como para hacernos creer que se trataba de la misma. Pero eran distintas.

Y eso me hizo darme cuenta de lo siguiente: cada uno tiene una historia distinta todo el tiempo. Las personas no están juntas de verdad, aunque durante algún tiempo lo parezca.

Hubo un momento en que mi madre supo lo que te había ocurrido, en que el impacto de la noticia ya la había alcanzado y yo seguía corriendo por el césped como cualquier otro día. Y hubo un momento en que lo supo otra persona, pero no mi madre. Y un momento en que lo supo tu madre y prácticamente nadie más en el mundo.

Y eso significa que hubo un momento en que ya te habías ido y nadie en la Tierra tenía ni idea. Solo tú, completamente sola, desapareciendo en el agua antes de que nadie se percatara.

Y al pensarlo, la sensación es de una soledad increíble.

«A veces las cosas pasan porque sí», había dicho mi madre. Era una respuesta terrible, la peor.

La señora Turton dice que cuando pasa algo que nadie puede explicar, significa que te has topado con el límite del conocimiento humano. Y es entonces cuando necesitas a la ciencia. La ciencia es el proceso mediante el cual encuentras las explicaciones que nadie es capaz de darte.

Seguro que nunca llegaste a conocer a la señora Turton.

«A veces las cosas pasan porque sí» no es una explicación válida. No es ni remotamente científica. Pero durante semanas y semanas fue la única que tuve.

Hasta que me puse a observar a las medusas a través del cristal en aquella sala subterránea.



invisible

La sala de las medusas que había debajo de la del tanque en que se podía tocar a los animales, y donde mis compañeros de primero de ESO se salpicaban unos a otros, estaba casi vacía. Allí abajo había mucho silencio, lo cual era un alivio.

La sala estaba llena de acuarios con medusas. Vi medusas con unos tentáculos más finos que un cabello; debía de haber luces proyectadas en el acuario porque los animales cambiaban de color continuamente. Muy cerca, en otro acuario distinto, vi otras medusas con unos tentáculos que formaban volutas, como los mechones de la melena de una chica al bucear. En un tercer acuario, los tentáculos de las medusas eran tan gruesos y tan rígidos que parecía que los animales hubieran construido su propia cárcel. Incluso había un acuario

llo de pequeñas medusas recién nacidas; eran como flores blancas, diminutas y delicadas.

Todas aquellas criaturas eran tan extrañas que parecían alienígenas. Alienígenas elegantes. Silenciosos. Como bailarinas alienígenas que no necesitaran música para bailar.

Cerca de un rincón de la sala había un letrero que decía UN ENIGMA INVISIBLE. Sabía lo que significaba «enigma»: a menudo mi madre decía que yo lo era, sobre todo cuando mojaba los huevos fritos en gelatina de uva o me ponía a propósito calcetines desparejados. «Enigma» significa «misterio». Me gustan los misterios, así que me acerqué a leer el letrero. Una fotografía mostraba dos dedos que sujetaban un frasco diminuto. En el interior del frasco, casi imposible de distinguir, flotaba una medusa transparente del tamaño de una uña.

El texto explicaba que el frasco contenía un ejemplar de la llamada medusa de Irukandji, cuyo veneno es uno de los más letales del mundo. Algunos incluso aseguraban que era mil veces más peligroso que el de la tarántula.

LA PICADURA DE UNA IRUKANDJI PROVOCA INTENSOS DOLORES DE CABEZA Y EN TODO EL CUERPO: VÓMITOS, SUDOR, ANSIEDAD, TAQUICARDIA, HEMORRAGIA CEREBRAL Y EDEMA PULMONAR. LAS PERSONAS QUE LA

HAN SUFRIDO HABLAN DE UNA SENSACIÓN DE MUERTE INMINENTE; ALGUNOS ESTÁN TAN SEGUROS DE QUE VAN A MORIR QUE PIDEN A LOS MÉDICOS QUE LOS MATEN PARA «TERMINAR CUANTO ANTES».

Vaya. Tenía una pinta absolutamente espantosa. Continué leyendo.

DE HECHO, SE HA REGISTRADO UN ELEVADO NÚMERO DE MUERTES POR SÍNDROME DE IRUKANDJI, Y SE DESCONOCE SI LAS PICADURAS DE LA MEDUSA IRUKANDJI HAN SIDO LA VERDADERA CAUSA DE MÁS MUERTES ERRÓNEAMENTE ATRIBUIDAS A OTROS MOTIVOS. LOS CIENTÍFICOS ESTÁN INTENTANDO AVERIGUAR ALGO MÁS SOBRE SU VENENO, Y SI EL VERDADERO IMPACTO DE LA PICADURA DE LA IRUKANDJI ES AÚN MAYOR DE LO QUE SE CREE.

A PESAR DE QUE LA MEDUSA IRUKANDJI VIVE EN GRANDES COLONIAS FRENTE A LAS COSTAS DE AUSTRALIA, SE HAN MANIFESTADO SÍNTOMAS DE SU PICADURA EN LUGARES TAN SEPTENTRIONALES COMO LAS ISLAS BRITÁNICAS, HAWÁI, FLORIDA Y JAPÓN. COMO RESULTADO, MUCHOS INVESTIGADORES CREEN QUE LA IRUKANDJI HA EMIGRADO A OTROS TERRITORIOS LEJOS DE AUSTRALIA. CON EL CALENTAMIENTO

DE LOS OCÉANOS, ES MUY PROBABLE QUE LA IRUKANDJI, AL IGUAL QUE MUCHAS OTRAS MEDUSAS, RECORRERÁ DISTANCIAS CADA VEZ MAYORES.

Cuando terminé de leer aquel fragmento, volví a leerlo.

Y lo releí una tercera vez.

Observé la foto, aquella criatura diminuta y transparente. Nadie sería capaz de ver aquella cosa en el agua. Sería totalmente invisible.

Me centré de nuevo en la explicación. Me quedé con la vista fija en aquellas palabras durante un buen rato.

«Se ha registrado un elevado número de muertes...»

«Recorrerá distancias cada vez mayores...»

Noté un zumbido en la cabeza y una leve sensación de mareo. Parecía que no existiera nada en el mundo más que yo y aquellas palabras y las criaturas silenciosas que latían a mi alrededor.

«Erróneamente atribuidas a otros motivos...»

Me quedé mirando aquellas palabras tanto tiempo que comenzaron a perder significado, como si estuvieran escritas en un idioma completamente distinto.

Hasta que no expulsé aire de golpe no me di cuenta de que había dejado de respirar.

Volví a escuchar el parloteo de mis compañeros y subí la escalera a toda prisa para regresar a la sala donde los había dejado.

Pero una vez arriba, todo había cambiado. Al guía de la barba lo había sustituido una mujer rubia con coleta. Tenía el micrófono en la mano y decía las mismas cosas: mano abierta, mantenedla inmóvil. Las camisetas teñidas de mis compañeros también habían desaparecido; la sala del tanque donde se podía tocar a los animales estaba ahora llena de niños con uniformes de pantalones de loneta y faldas escocesas. Era un grupo de otro colegio.

Me pregunté si mis compañeros habrían regresado al instituto de enseñanza secundaria Eugene Field Memorial sin mí.

Salí al ala principal del edificio y eché un vistazo. No tardé mucho en distinguir las camisetas teñidas. Serpenteaban alrededor de un acuario gigantesco como un banco de peces con manchas fluorescentes.

No se habían molestado en bajar a ver la sala de las medusas. No tenían ni idea de la existencia de la Irukandji. Ni siquiera tratarían de averiguar nada.

Entonces comprendí: nadie querría averiguar nada. Nadie excepto yo.